

Vibraciones de una librería establecida

Lola Larumbe

UNA DE LAS CASAS DEL LECTOR –ACASO LA PRIMERA– ES LA LIBRERÍA, LUGAR DE ENCUENTRO DE LOS LIBROS Y LOS LECTORES. LOLA LARUMBE NOS HABLA DE LA MADRILEÑA LIBRERÍA RAFAEL ALBERTI.

Héctor Yánover, el genial librero bonaerense, invitaba al lector, al comienzo de sus memorias, a reflexionar sobre lo dramático que podría ser la escritura para un librero: «*si un librero es casi un libro, si la mercancía que vende se ha metido tanto en su vida que es difícil separarlas*». Sí, sin lugar a dudas, creo que es el libro con el que más me he sentido identificada, (luego de *Cumbres borrascosas*, *Madame Bovary* y *Pipi Langstrum*), en toda mi vida de lectora y de librera.

Yanover dice que un librero es un hombre (actualmente, casi siempre mujer) que cuando descansa lee; cuando lee, lee catálogos de libros. Y es que yo también he crecido entre libros, respiro polvo de libros desde los diecinueve años, veo libros por todas partes; en las épocas de más trabajo sueño con inmensas pilas de libros que se desploman sobre mi cabeza, o también en sueños encuentro (;oh; gozo indescriptible) ese libro perdido y buscado a lo largo de todo un día y del que el ordenador se empeña en decir que el stock es igual a 1 (pero si uno es casi cero, es un poquito más que cero, nada más); compro el periódico y salto como un mandril a las páginas de cultura por ver si hay alguna referencia o entrevista a algún autor o algún libro, que se me acelera el corazón sólo de pensar que nada más llegar a la librería, el teléfono pueda sonar y alguien al otro lado del aparato pueda preguntar por ese libro aparecido y que aún no hemos recibido, o peor, que esa voz candorosa te diga

«Ay, ¿no lo tenéis? que raro, si lo tenéis siempre todo (añade maliciosamente), pues sale hoy en *El País* una entrevista de dos páginas (y a mí no me ha dado tiempo de leer el dichoso *El País*, que antes he tenido que pasar por el banco, recoger el cambio, mirar las reposiciones, limpiar una pintada facha del escaparate) y me han dicho que lo han visto en en la effffenak (esto ya es pura crueldad); cuando me siento floja y abatida, digo que me siento desencuadrada; si me concedo un respiro del trabajo librero y viajo (rara vez el oficio me lo permite), busco las librerías de las ciudades que visito, compro los suplementos literarios incluso en lenguas extranjeras que no entiendo; he dado de mamar a mi hijo en el almacén, entre las cajas de las devoluciones; me he enamorado de clientes (bueno, solo de alguno de ellos), de escritores (bueno, solo de alguno de ellos también), y creo recordar que de algún editor, sí, también; y en mi cama, el hueco de la izquierda (yo ocupo la derecha, sólo para dormir), está siempre ocupado por un libro de poemas, las pruebas de la última novela de equis que me ha enviado la editorial esa mañana (la semana que viene habrá comida con el autor o autora y me la tengo que saber), el libro que empecé a leer hace unos días, una guía de aves, *El País* ese de por la mañana en el que aparecía la entrevista fundamental al escritor fundamental, y una libretita en la que, por supuesto, anoto cosas muy importantes de mi vida: los libros que tengo que leer, los libros que tengo que pedir, los libros de los que me hablan otros libros, los libros añorados y perdidos en una mudanza, frases de libros, aforismos de escritores, libros, libros y libros.

Por esto, cuando me invitan amablemente, como ahora es el caso, a escribir (terrible palabra, ¿no es mucho mejor leer?) algo sobre este oficio de librera, pues me hago un lío: ¿cómo un libro (el libro *c'est moi*), que ya está escrito, puede a su vez escribir otro libro? Los libros están hechos para ser leídos y las librerías también se leen, no se escriben: se leen sus escaparates y los mensajes de socorro que lanza el librero a través de ellos: se leen sus mesas de novedades, y en ellas la presencia o ausencia de ciertos títulos: se leen sus estanterías, la selección que una mano invisible realiza cada día: se lee la altura de las pilas: se leen, en

fín, las ciudades y las gentes que en ellas habitan, siguiendo el mapa de sus librerías.

Los cristales a través de los que yo veo el mundo, son los de la pecera de la librería Rafael Alberti, una esquina en el barrio de Arguelles de Madrid, establecida desde el año 1975, otoño del 75 para ser más preciso (cercana estaba ya la primavera), iluminada por el azul y las palomas del poeta gaditano ©

